



www.loqueleo.com/co

Los fantasmas huelen a vainilla

© Del texto, 2019: María Fernanda Heredia

© De las ilustraciones, 2019: Roger Ycaza

© De esta edición:

2019, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5444-51-5

Impreso en Colombia por Quad Colombia S.A.S.

Primera edición en Loqueleo Colombia: abril de 2019

Segunda reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2020

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los fantasmas huelen a vainilla

María Fernanda Heredia

loqueleo

*Para los niños que lograron
escapar de los monstruos.
Y para los que lo siguen intentando.*

Hay días en que la vida se pone de cabeza. 9
Parecería que al mundo se le sueltan las piezas y se desarma sin que nadie sepa cómo arreglarlo.

Todo empezó cuando una tarde de viernes, mientras yo veía en la tele un programa de animalitos, sentí un aroma extraño, escuché un ruido que venía de la cocina: “¡Tizxxx!”, y enseguida mamá gritó una de sus *palabritas*: “¡Hijuechinche!”.

Mamá normalmente usa “palabritas” en lugar de “palabrotas”. Es un invento pedagógico suyo para evitar que mi hermana María y yo aprendamos a decir groserías.

10 Esto es como si a las *palabrotas* mamá las pasara por un enjuague con suavizante para dejarlas limpias y fragantes, y así, mágicamente, se convierten en *palabritas*. No son muy ingeniosas: hijuechinche, hijuetango, hijueponcho, hijuechancla, hijuepato, pero a mi mamá la hacen sentir muy orgullosa por sus resultados.

Cuando escuché su grito, volteé y vi que de la cocina venía una nube negra que muy pronto lo invadió todo.

Mamá salió presurosa sacudiendo sus manos, levantó a mi hermana que estaba sentada en el suelo jugando con su zapato como si fuera un carrito, me tomó de la mano, llamó de un grito a mi perro Trueno y nos condujo a todos al jardín.

—¿Qué pasó? ¡¿Se va a quemar la casa?! —le pregunté asustada, mientras mi hermana María hacía ruidos como de

sirena de bomberos y Trueno ladraba sin parar.

—¡No, Manuela, tranquila! Se quemó el horno. Cuando desaparezca el humo volveremos a entrar, no hay peligro.

Trueno ladraba con insistencia, normalmente es un perro discreto, pero cuando algo lo asusta (y lo asustan las abejas, las palomas, los gatos e incluso las cucarachas) se pone insoportable. No comprendo si sus laldridos significan: “¡Auxilio! ¡Soy un perro en peligro! ¡Una cucaracha me está amenazando de muerte!” o quizá estoy equivocada y no es tan cobarde sino muy valiente y lo que quiere decir con su escándalo es: “¡No sabes con quién te has metido, soy Súper Trueno y te convertiré en puré de cucaracha!”

Mi mamá siempre lo manda a callar, pero esta vez le acarició las orejas y le dio unas palmaditas en la cabeza, como si con ese

gesto quisiera decirle: “Sí, Trueno, yo me siento igual que tú”.

Mamá estaba asustada y triste. Sin su horno ella ya no podría volver a trabajar.

12 Durante años se había dedicado a hacer pasteles, tortas, galletas y postres para venderlos entre las vecinas y las amigas. El salario de papá no siempre alcanzaba y la venta de pasteles ha sido como el superhéroe que llega en el momento justo para salvar el mes.

La nube negra fue cediendo poco a poco y después de unos minutos pudimos volver a entrar. Había un olor extraño, un olor triste, como a ilusiones chamuscadas, quizá por eso a mamá se le llenaron los ojos de agua.

Se secó con la manga de su blusa y, forzando una sonrisa, intentó disimular:

—No pasa nada, todo estará bien.

Pero yo sabía que no era cierto. Aunque mamá es una mujer muy alegre, que baila y ríe todo el tiempo, en esta ocasión parecía que sus emociones habían hecho cortocircuito y se habían llenado de humo. El viejo horno, que había pertenecido a la abuela de la abuela de la abuela, llevaba años dando problemas. Después de décadas de servicio se había cansado de tantas calenturas y había decidido jubilarse. Mamá había perdido su instrumento para hornear alegrías.

13

Al rato, mientras ella llamaba a una cliente para disculparse y decirle que esa tarde no habría galletas de chocolate, papá entró por la puerta. Venía despeinado y con la corbata decaída.

Mamá dejó el teléfono sobre la mesa, cargó a María, que estaba mordiendo el zapato con el que hasta hace un momento había estado jugando, y le preguntó:

—¿Todo bien, Pepe?

Él suspiró, se dejó caer sobre el sofá y contestó:

—Bueno... más o menos.

14 Y enseguida se puso a estornudar. Él es alérgico a casi todo... y eso incluye alergia a las preocupaciones.

Desde hace varios años papá trabaja en un banco, él es contador y, claro, se encarga de las cuentas. Sin embargo, cuando papá le relató a mamá lo que había ocurrido esa tarde en su oficina, me dio la impresión de que trabajaba en una fábrica de tijeras, podadoras y sierras:

—Hoy me llamó mi jefe, me dijo que la cosa no anda bien y que debe hacer recortes en los gastos, y recortes en el personal, y recortes en la planilla, y recortes en el presupuesto...

—¿Y eso qué significa? —preguntó mamá.



—Que me recortaron.

Me asusté mucho y miré sus manos para verificar que no le hubieran cortado los dedos. Me fijé en sus orejas, en sus dientes y en sus pies.

—¡No quiero que te recorten nada, papá!

16 ¡Quiero que te dejen completo!

Papá se esforzó en sonreír.

—No te preocupes, Manuela —me dijo acariciándome la cabeza—, estoy bien.

Pero no, no estaba bien, se notaba a leguas que el jefe le había recortado la tranquilidad.

Hay días en que no pasa nada.

Pero también hay días en que el mundo se pone de cabeza y ocurren dos cosas malas: se quema el horno y papá se queda sin trabajo.

¿Dije dos? Bueno, me equivoqué, porque fueron tres cosas malas.

Cuando papá terminó de contarnos lo que había pasado, volteé a mirar a mi alrededor y me di cuenta de que en esa escena faltaba alguien: Trueno.

Tan aturdido como estaba, papá había dejado abiertas las puertas de la sala y la de la calle. Corrí mirando a un lado y a otro, y al llegar a la acera grité:

—¡Hijuechinche! ¡Trueno se escapó!

Me llamo Manuela y tengo tres secretos: 1) 19
Una caja en la que guardo palabras que salvo de la muerte. 2) Un amigo fantasma que se llama Aldo. 3) Y una habilidad especial para reconocer olores.

La caja me la regaló mi tía y me dijo que allí debo guardar las palabras que las personas han olvidado o han dejado de pronunciar, las que significan algo importante y las que yo necesito para ser feliz. “Las palabras enferman y mueren si nadie se acuerda de ellas” me dijo mi tía. De inmediato yo imaginé una palabra delgadita, con fiebre, con ojeras, y sentí lástima. Ayer rescaté una que

nunca antes había pronunciado: *buscavidas*. Cuando la encontré en un libro viejo, pensé que un *buscavidas* era un aparato muy sofisticado de la NASA que serviría para buscar vida en otros planetas, imaginé que una sonda espacial llegaba a Marte, se abría una pequeña puerta y desde la Tierra unos científicos muy estresados que observaban una pantalla daban la instrucción: “Operación exitosa, que salga el buscavidas” y entonces un robot con ruedas, lucecitas y antenas salía a inspeccionar el terreno. Pero no, no significa eso. Entendí que un buscavidas es... alguien como mi mamá y como mi papá.

¿Dije que tengo un amigo fantasma? Pues es verdad. Mi amigo se llama Aldo Monteblanco y lo conocí hace unos meses cuando apareció repentinamente en mi habitación. Cuando lo vi ahí, gigante, con su

color blancuzco y su cabeza redonda como un enorme bombillo, casi me da un patatús (¡por cierto, patatús también es una de las palabras que salvé!). Aldo llegó porque, según dijo, debía guiarme para cumplir una misión. No sé si entendí bien la misión, solo sé que cuando él se despidió de mí algunos de mis miedos se habían hecho más pequeños. Se habían desinflado.

21

Tengo una habilidad especial para reconocer ciertos olores. No me refiero al olor a pizza, a coliflor o a perro mojado, sino a otro tipo de olores. Al principio pensé que todas las personas podían usar su nariz como yo, pero me he ido dando cuenta de que no es así. Yo puedo reconocer, por ejemplo, el olor a medio sándwich de atún, que no es igual al olor de un sándwich completo. Puedo reconocer cómo huele una persona contenta y cómo huele un gato enojado. Conozco el olor

a vacaciones y el olor a domingo a las ocho de la noche. Estoy convencida de que, si por cualquier motivo yo perdiera la memoria, sería capaz de saber en qué día estoy cuando llegara el domingo a las ocho de la noche, porque su olor (una mezcla de aroma a zapatilla de deportes, a mochila y a mortadela) es inconfundible.

Cuando aquella tarde Trueno escapó de casa, mamá y papá estaban demasiado preocupados con sus cosas como para darle importancia a un perro voluntarioso y aventurero.

Trueno es lo opuesto a un perro educado. ¡No te acuestes en el sofá! Y va y se acuesta en el sofá. ¡No se te ocurra acercarte a la cesta de pan que está sobre la mesa! Y va y se come todo el pan. ¡No muerdas el control remoto de la tele! Y va y se come las teclas 8

y 0. ¡No seas escandaloso! Y va y ladra toda la noche como si le estuviéramos arrancando las orejas.

Trueno es un perro-desastre. Pero lo amamos... y él lo sabe.

Las noticias no eran buenas, y papá y mamá hablaban en voz bajita. Lo hacen siempre cuando no quieren que yo me entere. Mamá tenía los ojos muy abiertos y la boca apretada. Papá lucía como si un huracán hubiese pasado por su cabeza y por su camisa.

23

Aunque podía imaginar su reacción me atreví a decir: “Trueno escapó”. Pero creo que ni siquiera me escucharon. Después dije: “Deberíamos salir a buscar a Trueno”, pero me volvieron a ignorar y mamá sacó su frase poco original: “Vete a jugar con María en tu cuarto, anda”.

Papá y mamá se habían quedado sin trabajo, pero yo no podía entender por qué estaban tan preocupados. A mí la solución me parecía bastante sencilla: reparar el horno y conseguir trabajo en otro banco. ¡Así de simple! Si me hubieran dejado hablar, les habría dicho: “Un horno tiene que ser muy fácil de reparar, ¿no es un submarino atómico! Y estoy segura de que mañana mismo otro banco contratará a mi papá porque a los bancos les conviene contratar contadores buenos y honestos ¡todo resuelto!”.

Obedecí y subí a mi cuarto con mi hermana, pero la verdad es que jugar con María no es divertido. Los juegos de los niños pequeños son interesantes solo para ellos: aventar cosas, comer cualquier objeto que esté al alcance de su mano (un almohadón, un zapato, un dedo, el periódico del día), escupir comida y encaramarse en lugares peligrosos.

Por suerte María se quedó dormida tan pronto la puse sobre mi cama y yo me acerqué a la ventana para ver si aparecía algún rastro de Trueno.

Pasó una hora, pasaron dos y nada.

Llamé a mi tía y le conté lo que había ocurrido, pensé que quizá ella podría venir a ayudarme a buscarlo. Pero mi tía estaba de viaje de trabajo con su novio, el mago. Nos conectamos por videoconferencia y me dijo: “No te preocupes... ya regresará. Cuando Trueno sienta hambre se le acabará el espíritu andariego. Ahora te dejo, tengo que guardar a mi conejo Manolito en el sombrero del mago, la función está a punto de comenzar”.

Miré por la ventana, pronto anochecería y Trueno nunca había dormido fuera de casa. Pensé en todas las cosas que podrían pasarle y en las amenazas que podría encontrar en su camino: hambre, frío, un desagüe

sin tapa en el que podría caer (es un poco torpe), un perro grande y muy bravo, una pandilla de gatos vengativos, la perrera municipal, una invasión extraterrestre (sí, a veces se me va la mano con eso de imaginar cosas).



La calle en la que vivíamos era muy tranquila y aburrida, pero dos manzanas más allá estaba la Avenida de los Héroes de la República, a la que le habría venido muy bien que le cambiaran el nombre por Avenida de los Salvajes de la República, porque todos: autos, motos, buses y camiones, conducían como si los persiguiera Godzilla. Cada vez que sacaba a pasear a Trueno, le repetía que no se le ocurriera acercarse a esa avenida, pero él, que es muy curioso, siempre andaba metiendo la nariz en donde no lo llaman, por eso me asustaba que hubiera sentido la tentación de conocer ese lugar peligroso. De solo imaginarlo se me puso la piel de gallina.

27

Cerca de las diez de la noche, mis padres seguían en el comedor, en silencio y con los mismos gestos de preocupación de la tarde, parecía que no se habían movido ni un

centímetro. De vez en cuando papá estornudaba, pero todo lo demás seguía inmóvil, como si se tratara de una fotografía. Les dije que Trueno no había regresado, pero ni siquiera me escucharon.

28 En mitad de la noche me levanté sin poder dormir, abrí nuevamente la ventana por si escuchaba sus ladridos, Trueno era un perro ruidoso que ladraba cuando estaba contento, cuando estaba triste, cuando estaba asustado y cuando veía un camino de hormigas en el patio. Pero todo estaba en silencio.

A punto de cerrarla nuevamente, sentí algo.

Un aroma especial y lejano.

¡Era el olor a Trueno! Una mezcla inconfundible de jabón Burbujita, con tierra del jardín y migas de galleta de vainilla.

Pero entonces me di cuenta también de que a su olor característico se había sumado

otro que no me gustaba nada: el olor al miedo.

—¡¿Trueno, eres tú?! —grité emocionada.

Y él me respondió desde algún lugar con un ladrido que casi se desvaneció.

—¡¿Dónde estás?! ¡¿Te encuentras bien?!
—pregunté.

29

Y Wilo, mi vecino tonto y antipático de la casa de al lado, me mandó a callar:

—¡Son las tres de la mañana! ¡Cállate, Manuela cotorra! ¡Deja dormir!

Con ese griterío otros perros comenzaron a ladrar y ya no pude distinguir la voz del mío.

Pero lo tenía claro, Trueno estaba cerca y por algún motivo no podía volver a casa, quizá alguien lo tenía bajo amenaza ¡y él estaba muy asustado!

Al día siguiente, cuando bajé a desayunar, 31
mis padres seguían en el mismo lugar donde los había dejado la noche anterior; si seguían así muy pronto les saldrían raíces y ramas en las orejas.

No hablaban y tenían ese gesto preocupado de quienes están dándole vueltas a un problema como si ese problema fuera un tornillo infinito. No habían dormido, lucían unas ojeras tan oscuras que parecían dos osos panda pensativos. ¿Cuánto tiempo más podrían estar así? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿El resto de la vida?

Les pregunté si ya habían desayunado, pero creo que no me escucharon. Les dije que me prepararía un pan tostado y una taza de leche con chocolate, pero no contestaron nada. Estaban tan ensimismados que yo hubiera podido decirles “Voy a desayunar un pescuezo de rata con una taza de detergente”, y ellos habrían seguido hundidos en sus pensamientos.

Después de darle un puré de plátano a mi hermana María y de recoger todo el puré de plátano que mi hermana tiró al suelo, al techo, a las paredes y a mi cabello, decidí que era momento de salir en búsqueda de Trueno.

Como mis papás continuaban como dos estatuas, escribí una nota y la dejé sobre la mesa: “Estaré con Elvira y Xavier donde siempre”.

Salí, caminé hacia el parque y llegué a la zona de árboles viejos donde un tronco

retorcido nos servía como banca. Era allí donde solía encontrarme con mis dos amigos. Las vacaciones del colegio apenas habían comenzado y nos veíamos todos los días.

Elvira tenía mi edad, nueve años, pero era más bajita y más delgada que yo. Nos conocimos y nos hicimos amigas en el barrio cuando, meses atrás, ella tuvo un problema con un primo malo y abusivo que la obligaba a hacer cosas feas que ella no quería. Cuando la convencimos de que les contara a sus padres lo que le estaba pasando, ese primo no volvió a acercarse, y ella recuperó la alegría.

Es un poco ingenua y asustadiza, pero es mi mejor amiga y yo la quiero. El único defecto que tiene es que comienza a contar un chiste y a mitad de camino se le olvida: “Tengo un chiste buenísimo, Manuela, es

sobre un bombero que llega a una farmacia y pide unas gafas de sol, entonces el farmacéutico le dice... no, a ver, no, lo conté mal. No es un bombero, es un astronauta que va a la farmacia, ¿era una farmacia o era una tienda? No, me equivoqué, no es una farmacia ni una tienda, sino una óptica. Un astronauta va a una óptica y pide unas gafas de sol y... ay, lo siento, ya me confundí, ¡se me olvidó!”.

Cuando hace eso, Xavier y yo la odiamos un poquito.

Xavier es vecino de Elvira y van al mismo colegio, él es menor que nosotras, tiene siete años, y, aunque habla hasta por los codos y siempre está brincando como una pulga, nos llevamos muy bien.

Una vez intentamos hacernos un selfie con el teléfono de Xavier, pero él no podía estar quieto y siempre salía movido. Tampoco



Elvira salía bien, porque, por algún motivo extraño, cuando escucha la instrucción “Digan chissss”, ella dice chissss, pero cierra los ojos. Entonces en todas las fotos aparece dormida. ¿Y yo? Bueno, yo siempre salgo cachetona... porque soy cachetona y cuando sonrío las mejillas se me hinchan aún más.

El parque es nuestro sitio de encuentro, y cuando los vi llegar tardé menos de un minuto en contarles, como si fuera una ametralladora de palabras, lo que había ocurrido:

—Trueno escapó ayer de casa y no ha vuelto, ¡estoy segura de que alguien lo tiene secuestrado! Anoche abrí la ventana, sentí su olor y escuché a lo lejos su ladrido, yo sé que está asustado, ¡tienen que ayudarme a encontrarlo!, ¡tienen que ayudarmeeeeeee!

Elvira y Xavier me miraron sorprendidos y, al rato, ella me dijo: